

## Capítulo XII: La sensibilidad y el sentimiento

### XII - 1. La sensibilidad, impresionabilidad ante los estímulos.

Es lógico que si el espíritu del hombre es el último sostén sustancial del cuerpo, las cualidades de aquél, aun siendo espirituales, se manifiesten en éste, y lo hagan acomodándose a su naturaleza material, es decir, parcializándose, temporalizándose y espacializándose. La sensibilidad es así la imagen espacio-temporal del espíritu.

Entiendo por sensibilidad aquella perfección del organismo vivo gracias a la cual éste es impactado por estímulos externos que le manifiestan la forma de los objetos materiales y de sus cualidades. La sensibilidad tiene como objeto la forma y la figura, es decir, percibe las cosas como un complejo de posibilidades de estimulación sobre ella, un complejo de cualidades unificadas y configuradas por una forma determinada.

### XII - 2. La sensibilidad no sabe que las cosas *son*.

Pero la sensibilidad se detiene ante la frontera del ser. La sensibilidad no sabe que las cosas *son*. Un sujeto capaz solo de sentir, carente por lo tanto de espíritu, es decir, un puro animal, no es capaz de verse opuesto a las cosas. El animal percibe el mundo ambiente sólo como un conjunto de estímulos ante el que reacciona con estricta necesidad psicológica. Forma con el mundo un bloque inquebrantable. Por eso no pasa de ver las cosas más que como formas dotadas de una figura y capaces de estimularle; pero no tiene el más mínimo atisbo de su ser, esencia o naturaleza. Y consecuentemente es totalmente incapaz de cuestionarse sobre ellas y por consiguiente de conocerlas, pensar y progresar<sup>1</sup>.

Cosa distinta es la sensibilidad humana. Por su radicación en el espíritu puede, aun en cuanto sensibilidad, percibir la oposición "yo / no-yo". Pero, en cuanto tal sensibilidad, no es capaz de percibir la oposición "ser / nada". Es decir, el hombre en cuanto sensitivo, por la estrecha unión de la sensibilidad con la inteligencia, llega, sí, a percibir el mundo como opuesto a él mismo; pero no a percibir el mundo ni las cosas como opuestas a la nada. Esta percepción supone sabiduría del ser, la cual solo cabe en el espíritu, el cual actúa con independencia de los sentidos. Y ejercitarla es en el hombre la más elemental señal de acceso a la vida del espíritu. Mientras no dé ni siquiera este paso percibirá las cosas en su estar opuestas a él, siendo distintas de él e impactando como otras que él su facultad preceptora.

---

<sup>1</sup> Cfr. II - 3. Los animales tienen estimulidad, no conciencia de ser.

### XII - 3. El *"homo faber"*.

La sensibilidad humana, pues, si no está ni siquiera mínimamente completada por algún ejercicio específico del espíritu, desemboca en el *"homo faber"* (al que al principio de esta segunda parte llamábamos bidimensional y unívoco)<sup>2</sup>. El *"homo faber"* no necesita penetrar más allá de la forma de las cosas. Con esto y con destreza para compararlas entre sí y con él mismo, le basta para descubrir la dimensión útil del mundo y sacar partido de ella. Y para esa comparación se encuentra preparado gracias a la facultad, desarrollada, de oponerse a las cosas y oponerlas entre sí.

El *homo faber* puede durante largo tiempo carecer de madurez suficiente como para acceder ni siquiera al primer grado de vida del espíritu, que viene caracterizado por la presencia en su mente de la oposición "nada – ser". Descubrir que las cosas son "no-nada", es paso necesario para acceder a su ser, y con el ser a la esencia y la naturaleza, y al valor. Ese descubrimiento puede que no pase de umbrátil e implícito (por ejemplo en los gestos, las reacciones o el lenguaje), pero esto es suficiente. Marca el ingreso en la madurez espiritual.

He aquí un gran problema que nos sale al encuentro cuando tratamos de solucionar otro. ¿Cómo es así que la vida del espíritu, que es propiedad esencial del ser humano, necesite un proceso previo de maduración que puede durar siglos, para entrar en escena de una manera significativa? ¿Qué factores detienen y retrasan este proceso?

### XII - 4. La manifestación del espíritu requiere un lento proceso.

Que exista algún proceso lo exige la temporalidad humana. Que no tendría justificación si fuera posible un acceso directo y repentino a la vida del espíritu. Como espíritus puros, entraríamos sin dilación en ella y en su eternidad, nada más puestos en la existencia. La temporalidad es la condición de un mundo en el que reina la materialidad. Donde ésta, derrocada por el espíritu, desaparece, reina la eternidad.

La primera respuesta al problema es, pues, que la condición temporal del ser y vivir humanos si ha de tener la vigencia que le corresponde por su carácter de disposición divina inscrita en la naturaleza humana, ha de cumplir su oficio de entorpecer el camino del hombre hacia su propio espíritu. Y este

---

<sup>2</sup> Cfr VIII - 6. El ser unívoco no pasa de bidimensional.

entorpecimiento ha de gozar de la connaturalidad de la temporalidad misma. Es decir, lo connatural en el ser humano es llegar tarde en el viaje hacia su propio espíritu.

El problema se aclara si nos ponemos en el supuesto de que las características específicamente humanas han ido apareciendo paulatina y gradualmente a lo largo de las épocas prehistóricas, a partir de las meramente animales. Según ese supuesto serían tres las estaciones de ese viaje:

Estación inicial: el psiquismo sensitivo-formal del animal, formando bloque compacto con el ambiente y sus estímulos.

Estación de tránsito: El psiquismo del *homo faber* hábil para oponerse al ambiente pero circunscrito todavía exclusivamente a las formas sensibles.

Estación "Termini": Descubrimiento de la oposición "ser-nada" con acceso a la esencia, al concepto y la naturaleza de las cosas. y al mundo de los valores

Contrasta poderosamente la facilidad y rapidez con que podemos ahora comprender estas etapas con la dificultad y lentitud con que el tren del progreso las ha recorrido. Camina el tren, ¡pero qué lento!

Camina gracias un Dios presente en un universo al que constantemente unifica, dinamiza y eleva, conjuntando la acción de todas sus causas parciales, después de haber impreso en ellas el sello del principio antrópico; es decir la tensión finalística a que constituyan albergue acomodado para el hombre y su espíritu, tensión dotada de una pertinente capacidad elevadora.

Y con lentitud, por la resistencia metafísica y psíquica a realizar la elevación

Respecto a la resistencia metafísica hay que decir que la tendencia metafísica general de todo ente a salvar el propio ser tiene una prolongación obvia en la duración o conservación de dicho ser. Todo ente quiere durar en su ser y conservarlo. Y conservarlo precisamente según su esencia; sin necesidad de sobrepasarla. Siendo creado, lo suyo propio es ser limitado. Obviamente el objeto de su querer es su ser con sus limitaciones, con sus fines, con su definición, con su esencia y naturaleza. Obsérvese cómo en el campo de los problemas psíquicos de la personalidad se considera también como norma básica el que el sujeto no pretenda tenerla ni superior ni inferior a lo que ella es, según el modo de sus rasgos característicos y el número y grado de sus cualidades. Y obsérvese también cómo en el terreno de la ascética religiosa esta misma moderación en las pretensiones personales se tiene por necesaria para adquirir la virtud de la humildad, base de todas las demás. Las leyes metafísicas tienen repercusión en todos los campos de la realidad, que es única.

Esta resistencia a cambiar de especie es sin embargo perfectamente compatible con la tendencia inherente a todo ente a moverse y cambiar según las potencialidades que le concede su propia definición. Como que son esas potencialidades de acción las que definen la naturaleza de cada cosa.

## XII - 5. Elevación suave del organismo animal.

Esta resistencia metafísica se traduce en lentitud física en el proceso evolutivo del mero animal al "*homo faber*". La necesaria elevación de nivel de ser que dicho proceso comporta hay que pensar que es instantánea. La simplicidad del espíritu no permite un proceso de infusión gradual y paulatino. Entre su presencia y su ausencia en el cuerpo humano, no puede haber historia y tiempo. Pero sí que los hay en el organismo animal que acoge el espíritu. Dicho organismo tiene implicado el espíritu que le ha sido infundido tan íntimamente como lo está la forma sustancial en la materia prima. El espíritu queda unido al cuerpo en el nivel más profundo de la constitución de ambos, que es el nivel sustancial. Por eso ha de aflorar connaturalmente como si brotara de las más íntimas y personales fibras del sistema nervioso. El hecho de que estas fibras sean incapaces, desde su naturaleza y nivel puramente animal, de producir el espíritu no exige el que la necesaria intervención de Dios se realice a modo de una intrusión violenta y antinatural. Basta -y es más concorde con la suavidad y respeto que caracterizan siempre el proceder de Dios- que la elevación que necesita la acción de los órganos pertinentes del organismo animal se realice desde su mismo interior, ya predispuesto a dicha elevación por vigor de la tendencia finalística antrópica que ha impreso Dios en él desde su creación. Dicha tendencia se descubre en el hecho de que las variables físicas que regulan la interacción del universo (distancias, velocidades, densidades, etc.) tienen de hecho el preciso valor numérico que es necesario para posibilitar la vida humana.

El espíritu aflora, pues, con un afloramiento y desarrollo sujetos a las leyes del tiempo y de la materialidad; un desarrollo que todavía está relentecido por la mencionada resistencia metafísica a salir de los esquemas propios de la especie.

Y todavía hay que añadir un nuevo factor de lentitud. Damos en él tratando de explicarnos la extraordinaria persistencia de la que vamos a llamar psicología formal del "*homo faber*". El *homo faber* ha logrado romper la rigidez de sus lazos con el mundo ambiente. El *homo faber* no forma un todo continuo con el ambiente, sino que se opone a él. Descubre la oposición entre el "yo" y el "no-yo". Con lo cual las cosas más que estímulos ante los que reaccionar le son formas que utilizar. También el puro animal percibe las cosas como formas, pero le resultan opacas e indefinidas. No sabe compararse con ellas ni compararlas entre sí. El *homo faber*, sí que sabe. Se lo enseña su sabiduría de la oposición. Con lo cual se vigoriza su conocimiento formal. Las cosas presentan a los sentidos una forma definida, cualificada y distinta. Se convierten en utensilios y materiales de construcción. El *homo faber*, gracias a la luz de su espíritu, ha descubierto su yo y su oposición a todo lo que sea otro que él.

Pero no ha descubierto la nada. No sabe que tanto su yo como las demás cosas están ante todo opuestas a su propia posibilidad de no existir en absoluto. No se percibe, ni las percibe, como ser. Ha llegado al "yo", pero no al "yo soy". Se le escapa la nada y consiguientemente se le escapa el ser. Y consiguientemente la esencia, la definición y el concepto. Las cosas le son formas, pero no entes.

Ni valores. En vez de los valores orientan su opción moral las pasiones sensitivas fundamentales: según el esquema clásico, gozo, dolor, esperanza y temor. Desconocedor como es del ser y la nada, desconoce también las auténticas libertad y opción moral. Es como la infancia de la humanidad.

#### **XII - 6. El misterio de la dilación del espíritu.**

¿Cómo puede diferirse tanto la madurez humana?. Aquí no podemos invocar la resistencia de la especie a salir de sí misma. No es necesario superar la especie humana para llegar a la madurez humana ¿No es una frustración de la naturaleza tanto retraso? ¿Por qué tiene el ser humano que padecer la violencia de quedarse estancado en un estadio infrahumano, quizás durante milenios?. Se dirá que su desarrollo cerebral y léxico eran todavía insuficientes para condicionar cómodamente un mínimo pensamiento de esencias. ¿Pero no era la urgencia de llegar a él motivo suficiente para acelerar el proceso evolutivo?

Aquí se esconde un misterio. Que seguiría en pie aun en el supuesto de que se descubriera que esa época oscura de la humanidad tuvo una duración más breve de lo que se piensa o incluso no existió en absoluto. El misterio es el miedo del hombre a sí mismo. El misterio es que el ser humano, cuando se encuentra en trance de alcanzar su cumbre y gozo mayor, la libertad, es decir la liberación de los lazos que le someten a la materia, se retrae y se vuelve a acoger a los brazos maternos de esta última. Es significativo que ambas palabras "materia" y "maternal" muestren todavía su origen común en el término latino "mater".

#### **XII - 7. Una clave para abrir el misterio.**

No vamos a pretender revelar el misterio, pero sí notar la contrariedad entre la libertad y la materia.

La libertad consiste en el dominio y posesión del propio ser. Por la libertad nuestro espíritu queda en manos de sí mismo y puede orientar su amor y su odio al bien o el mal según su libre elección. Esto supone la superación completa de la materia y sus pretensiones. La pretensión básica de la materia es conservarse en su ser material, bien defendida por sus mismas notas características: El ser material se caracteriza por estar inexorablemente encuadrado en el espacio y el tiempo y rígidamente circunscrito a las formas materiales individuales, concretas y caducas. El techo de su conocimiento no supera el nivel

de la imaginación, que es la facultad de lo concreto material figurado, facultad incapaz de cualquier forma de pensamiento abstracto

Tales son, pues, las pretensiones de la materia y de la vida sensitiva meramente animal o incluso humana. Esta vida ama su materialidad y se resiste a salir de ella. Y no sale de sí ni siquiera invitada por la inteligencia, que ya habitara en el organismo. Sus amables reclamos a gozar de sus conceptos y valores y sobre todo de su libertad resultan demasiado extraños a un devenir vital que ha quedado enervado por la relajación de tensiones espirituales provocada por una cultura cuya aspiración no va más allá de lo útil y momentáneo; un devenir, además, al que constantemente entretiene la variedad de las formas y figuras con sus gozos, dolores, esperanzas y temores.

Y por si los bienes que tenemos que dejar fueran escasos, la meta a la que se nos llama está formulada en un lenguaje ininteligible para el *"homo faber"* y lejano incluso para el hombre culto de nuestro tiempo. Es el lenguaje de la libertad. Se nos invita con él a dar un salto demasiado grande. El salto hacia la libertad hace que el hombre se supere a sí mismo. Porque el hombre libre se convierte en aquello que ama, adquiere, por lo tanto, la altura de aquello en lo que se convierte, aunque se eleve al nivel de la divina esencia. El hombre libre es pues invitado a sustituir los parámetros del espacio, el tiempo y la corrupción por los del absoluto, la eternidad y la infinitud. Decididamente el salto es demasiado grande. Y en consecuencia no lo damos. Con lo cual nos quedamos en un desconocimiento absoluto de la libertad o al menos en la renuncia práctica a sumergirnos en ella. La falta la suplimos con el bien medial, o si queremos operar con más amplitud, medializando el bien, es decir informando con los valores propios de la sensibilidad materialista las instituciones, costumbres y todo aquello que sea producto de la iniciativa comunitaria.

Para institucionalizar eficazmente el bien medial hay que adornarlo con oportunos conceptos, resaltarlo con expresivo nombre y honrarlo con la aprobación comunitaria, cuyo grado más elevado sería la vigencia, es decir la actualización social universal incuestionable y enérgica de dicha aprobación

El rasgo que más acusado y común del bien medial es su carácter predominantemente sentimental.

## XII - 8. El sentimiento.

Nos vemos pues abocados a analizar brevemente el sentimiento y su presencia y significado en el campo del bien medial.

El sentimiento es la repercusión estimativa -orgánica o espiritual- de las vivencias en la disposición general del ser vivo. El sentimiento afecta a la facultad de estimar. Estimar es el momento implosivo de la valoración. En la valoración interviene ya la facultad decisoria. La valoración incluye la

decisión sobre la positividad o negatividad de un valor determinado. Viene a ser el momento explosivo. En la estimación queda simplemente impactada la disposición general del viviente de una manera agradable o desagradable. En el ser humano no hay vivencia que afecte aisladamente a una de sus dos partes: espíritu y organismo. En todas quedan ambos concernidos. No obstante, se da entre ellos una prioridad y posterioridad en la afectación. Es decir, o bien recae ésta primariamente en el espíritu, el cual arrastra tras sí al organismo o bien a la inversa. Se distingue el sentimiento espiritual del orgánico en que el primero atañe al estrato más profundo de yo, al punto en que el yo está sustentando a todas las potencias y acontecimientos vitales. El sentimiento espiritual consecuentemente repercute en la totalidad del individuo. Y con una repercusión preñada de irisaciones. Porque como quiera que el estrato sustancial del yo es el punto preciso en que el yo se separa de la nada y se convierte en ser (obsérvese cómo la introspección descubre este estrato indistinta e identificadamente como ser y como yo), el sentimiento espiritual al incidir sobre el yo, actualiza en él las determinaciones metafísicas que le pertenecen: esencia absoluta, sentido último, valor eterno, etc., las cuales informan el sentimiento resaltando su importancia, agudizando su intimidad y haciéndolo profundamente gozoso y pacificador.

Damos por supuesto que el sentimiento espiritual es, más que el orgánico, digno de ser fomentado en la vida comunitaria y la individual. Como que entra a formar parte del bien absoluto y fin último de ella. Pero es el orgánico el que nos interesa estudiar en orden a esclarecer el concepto de bien medial.

Hay que descartar también los sentimientos que por su carácter notablemente subjetivo, insignificante o complejo no son aptos para trascender el plano individual y ser aceptados en el comunitario. Es decir, valen solo los sentimientos cuyo valor la comunidad reconoce y acepta y asume en el campo de las realidades objetivas dándoles nombre y concepto.

Estos sentimientos son principalmente los que afectan predominantemente al organismo. Los sentimientos netamente espirituales, presentes también, claro está, en la convivencia, superan, como he dicho, el nivel del bien medial, que es el que ahora nos ocupa.

## **XII - 9. El sentimiento orgánico.**

El sentimiento orgánico es en raíz la repercusión orgánica de la sustancialidad del yo, es decir, ese mismo interés vital de ser y dominar, centrado en el yo, aunque considerado en cuanto a su repercusión en el organismo. No negamos la neutralidad y como irresponsabilidad de la noción de sentimiento cuando se describe como algo eminentemente subjetivo, localizado en regiones difusas de nuestro psiquismo, y que viene a ocupar un terreno intermedio entre el conocimiento y la tendencia. Ni desaprobamos la creencia general de que el sentimiento se escapa fácilmente de nuestro dominio. Pero

nos parece que se le atribuye un papel demasiado marginal y precario en el conjunto de la vida psíquica. Como si existiera por graciosa concesión del conocimiento. Por nuestra parte queremos resaltar la coherencia y necesidad con que surge del yo sustancial, participando de su carácter de centro de decisión y dominio de la persona.

#### **XII - 10. El sentimiento orgánico surge de la no indiferencia del organismo.**

En efecto, la conciencia del propio ser no es una visión como congelada e inmóvil. Tiene el latido de la vida y su riesgo de fracaso. Este latido, junto con la pretensión decidida de lograrse tienen obviamente su expresión en el organismo, unido al yo en el plano más profundo de ambos, el sustancial. Esa expresión es en su primer momento la pérdida de la indiferencia ante la vida y sus contenidos. El organismo empieza por conceder importancia a su vida en cuanto marco general donde se ha de ir realizando su vocación a lograrse. Este conceder importancia es en su base un difuso, oscuro y general regusto y deseo de vivir. Se le puede llamar apetito vivencial o bienestar vital

#### **XII - 11. El apetito vivencial.**

El apetito vivencial es previo a los contenidos concretos de las vivencias. Por eso las abarca a todas, aun a las espirituales; y es, por eso, el responsable nato del funcionamiento del individuo en su conjunto. Hay que notar que el apetito vivencial, a pesar de su carácter primerizo e indefinido, es muy capaz de polarizar el deseo de una persona y aun de grandes colectividades, y ser entonces suficiente para provocar por sí mismo largas y agradables dedicaciones

El momento siguiente al apetito vivencial lo constituye la disposición general del organismo a los dos generales modos de proceder: la acción o la afección, y a adoptar dentro de ellos uno u otro contenido concreto, una u otra vivencia. Notamos que nos estamos refiriendo no a los contenidos y las vivencias, sino a la disposición general ante ellos.

#### **XII - 12. El tono sentimental nos pone a punto nuestros mecanismos de actuación**

Trataremos de explicarnos. Cada vivencia, cada acción sea externa o interna, sea de corta o larga duración, es una unidad de sentido en la que todos sus momentos se pertenecen mutuamente preparándose, plenificándose o concluyéndose. Y por otra parte por su carácter vital, gravita toda ella sobre el individuo, que tiene que correr con ella desde su suscitación hasta su incorporación final. Se precisa, pues, en el agente vivo una preparación y particularmente una puesta a punto, una disposición

de los mecanismos con que ha de actuar. Esa disposición tiene como recurso básico (a parte de las ideas motrices y ejemplares y la decisión de ponerlas en acción) el tono general sentimental que propicia el que la vivencia sea gozosa y que, mediante ella, la persona entera se sienta realizada.

Apetito vivencial y disposición general del organismo forman el momento implosivo del sentimiento, momento de preparación, en el que la totalidad del organismo queda convocada a hacerse presente en el momento siguiente, que es aquel en el cual el contenido del sentimiento se particulariza.

En efecto, una vez actuada la disposición general, el sentimiento acusa el contenido concreto de la vivencia que lo provocó, por ejemplo, la defunción de una persona cercana.

#### **XII - 13. El sentimiento puede llegar a convertirse en un valor en sí mismo.**

Superados los momentos implosivos centrados en el apetito vivencial y la disposición orgánica general, el impacto sentimental adquiere contornos definidos, penetra en la intimidad personal con la dedicación y la eficacia de quien no necesita ya mirar al objeto para sostener su existencia, se convierte en símbolo de la vivencia que lo ha provocado y sin abandonar este simbolismo adquiere el rango de valor en sí mismo.

Es así el sentimiento un objeto más de la vida, primitivo por su prontitud en surgir y capaz a la vez de delicadísimas y riquísimas tonalidades accesibles solo a espíritus muy selectos.

#### **XII - 14. El sentimiento corre peligro de pervertirse.**

Siempre será, pues, el sentimiento una necesidad de los individuos y de las colectividades. Prende fácilmente y se comunica rápidamente. Y gracias a su capacidad de liberarse de los vínculos que lo unían con los objetos racionales que lo provocaron, puede convertirse en un impulso irracional peligroso por el riesgo que corre de justificarse con una supuesta y sobeañadida racionalidad y santificarse por medio de las pasiones en que puede resolverse.

En cualquier caso, llegado el momento de hacer el catálogo de los bienes de que debe estar dotada la convivencia humana, hay que tener muy en cuenta el sentimiento y disponerse a conceder una amplia indulgencia a sus peligros. En la convivencia, el sentimiento desempeña un papel de primerísimo orden.

Pero volveremos sobre el tema.

De momento nos urge perfilar mejor la noción de bien medial.

#### **XII - 15. El concepto de "bien medial" se completa y ajusta.**

Acuñamos el concepto de bien medial para dar nombre a aquellos objetos, instituciones o costumbres que sin que merezcan la calificación de bienes absolutos, sí que la merecen, al menos, de bienes, por sus constructivas presencia, vigencia e importancia en la vida comunitaria. Y les llamamos mediales por haberse quedado a mitad de camino en su carrera hacia el bien absoluto, y por su carácter de medios para llegar a él. Bienes mediales son aquellos que articulan los bienes absolutos que pretende para sí el miembro de una comunidad con los fines particulares e intermedios que han de conducirle a aquéllos..

Son entidades dotadas ciertamente de determinada consistencia y valor , cuya importancia en orden a la vida comunitaria varía de grado, siendo necesario uno notable para que esa entidad deba ser considerada como bien medial. Pero lo que sobre todo las caracteriza es la aportación sentimental que la comunidad ha depositado en ellas. Esta aportación no está necesariamente regulada por la importancia y verdad objetivos de la entidad medial. Cuando la persona colectiva no ejerce su oficio integrador sobre la compleja contextura de una colectividad, ésta cae fácilmente en exaltar más de lo conveniente alguno de sus valores, perdiendo su armonía y equilibrio internos.

.Muchas veces, sin embargo, la aportación sentimental, aún siendo proporcional a la importancia, siempre relativa, de la institución a la que sazona y vitaliza, persiste siendo el componente principal de ella en la estimación práctica de la comunidad. Porque es propio de esa aportación sentimental el que se le atribuya un carácter absoluto. Los bienes mediales acaban por tener un valor absoluto e incuestionable. Son los sustitutos del bien supremo de la libertad esencial del espíritu. Y cuando optamos por ellos llevamos hasta las últimas consecuencias la sustitución, y abusivamente elevamos al plano de lo espiritual y absoluto lo que como objeto no es más que material, y como sentimiento no sobrepasa el nivel de lo orgánico.

Pero es ya necesario dar del bien medial una noción más precisa. El procedimiento para ello es seguirlo en su génesis.

El bien medial, como todo bien, es descubierto como bien en el momento en que la colectividad empieza a sentirlo como necesario y a inquietarse por su privación. Más arriba decíamos del yo psicorgánico individual: "En contacto con nuestro yo nuclear e integral comprendemos que no somos los espectadores ingenuos de un mundo que estamos dispuestos a aceptar sumisamente; sino que somos creadores apasionados de intereses y amadores de valores. El yo psicorgánico está demasiado deseoso de conservar y desarrollar su bifronte ser como para desinteresarse de amar y de sentir: de incorporarse valores a su espíritu y poseer los objetos con los sentidos".

No es que los valores que alimentan nuestro espíritu sean creados por el yo. Los valores son realidades objetivas. Y el descubrirlos y saberlos reales es condición necesaria para entregarse a ellos de una manera plena y gozosa. No obstante, hay que afirmar que la necesidad subjetiva de tal descubrimiento y entrega es no menos necesaria condición para que resalten en el amplio campo de la

realidad ambiente y nos sea así facilitada la labor de sentirlos, conceptualizarlos, denominarlos y disponernos a abrazarlos.

Reivindicamos, pues, una necesidad subjetiva para que el proceso de descubrir y abrazar los valores funcione. Ahora bien esa necesidad puede afectar a una persona individual o a una colectiva. Y en cualquiera de los dos casos puede nacer directamente de la libertad espiritual o de las pasiones orgánicas.

El bien medial hay que buscarlo, como es obvio, entre los valores que afectan a la persona colectiva. Y parece que, si hemos de respetar el adjetivo "medial" habrá que excluir los valores nacidos directamente de la libertad espiritual. Estos no son mediales, sino absolutos. El bien medial participa de las fuertes limitaciones del sentimiento orgánico que es su componente esencial. Este último adolece de un egocentrismo constitutivo, que en cuanto constitutivo es éticamente neutro, pero puede arrastrar tras de sí el funcionamiento de la comunidad, pasando a ser ya abusivo.

#### **XII - 16. El egocentrismo, peligro del bien medial.**

No quiere esto decir que las raíces del bien medial estén viciadas, sino que se quedan a mitad de camino. El que una comunidad mire por su propia exaltación y bienestar material es natural y hasta obligado. Un individuo egocéntrico tiene gran peligro de procurar su bienestar y exaltación a costa de los demás. Pero cuando el defecto del egocentrismo aqueja a una comunidad, afecta a toda ella. Con lo cual el individuo se encuentra procurando bienestar para él y para los demás miembros de ella. Y así el peligro de perjudicar al prójimo se convierte en facilidad para beneficiarle. Una búsqueda serena del bienestar general de la comunidad deja a ésta desembarazada para que las personas que la componen consigan la libertad de su espíritu. No ocurre lo mismo si la búsqueda no es serena, sino crispada por un "a toda costa" dispuesto a destruir valores superiores al bienestar y enaltecimiento que se pretende. Una búsqueda crispada es la que está informada por la ira y acompañada de destrucción de otros valores o personas. Este egoísmo es un contravalor no asumible como bien medial, por cuanto que es claramente un mal, aun diluido en la colectividad.

Fuera, pues, del caso de la crispación, no se le puede tachar al bien medial de ilegítimo y abusivo. La descalificación ética no va más allá de reconocerlo limitado y lento para evolucionar.

Pero es que la persona colectiva por su complejidad y volumen, ha de caminar lentamente, disfrutando de cada una de las etapas de su viaje como si fuera la última y definitiva., aprovechando la precaria sensibilidad que tiene ante las exigencias últimas de los valores. Ya hemos mencionado su miedo a la libertad.

“El misterio es que el ser humano, cuando se encuentra en trance de alcanzar su cumbre y gozo mayor, la libertad, es decir la liberación de los lazos que le someten a la materia, se retrae y se vuelve a acoger a los brazos maternos de esta última”

## XII - 17. El patrimonio cultural.

El amplio seno del sentimiento colectivo acoge los bienes mediales que van surgiendo del interés y actuación comunitaria y los amalgama con su materialidad. Con lo cual las como gotas de espíritu que, como bien, posee quedan aprisionadas en la masa sentimental, para que su brillo autentifique la verdad que a dicha masa le ha sido otorgada por la comunidad. Se da en ésta un tácito consentimiento para, en el terreno al menos del comportamiento práctico, elevar de plano el bien medial, sobre todo si está consagrado por una tradición de varias generaciones. El volumen, es decir, la sensación de volumen causada por la sensibilidad corporal ocupada, adquiere la categoría de valor e importancia; su inmovilidad, es decir, su resistencia a los embates del tiempo, pasa a ser símbolo de eternidad y su peso, es decir, la presión que, como sentimiento orgánico, ejerce sobre la voluntad, en autoposesión y libertad.

Así, por ejemplo, una lengua especialmente vinculada a una comunidad, con presencia de siglos, se adhiere fuertemente al sentimiento comunitario con un afecto que no pierde su positividad con el vaivén de las peripecias sociales o políticas, generando en los hablantes la sensación constante de que está ocupando un ámbito de su vida interior amplio y estable, e infundiendo en sus mentes la persuasión de que la amplitud y estabilidad de tal ámbito es la medida exacta de la importancia y valor objetivos y racionales de dicha lengua. Una lengua tan hondamente sentida no puede sino ser muy importante y valiosa. No que a priori no lo sea, sino que, al margen de su valor intrínseco, se da el sobreañadido del sentimiento comunitario, el cual determina la estimación práctica de esa lengua con independencia de dicho valor intrínseco.

Además, la estabilidad que la comunidad propicia, confiere seguridad a esa lengua, dejándola inmóvil: se la siente capaz de resistir todos los cambios que aporta el paso del tiempo. Con lo cual se propende a independizarla de este último, haciéndola eterna. Y la eternidad es propiedad del espíritu. Por eso se despierta en la comunidad hablante una subliminal transferencia del prestigio de lo espiritual y eterno, a la lengua. De ahí la tendencia a retrotraer su origen más allá de lo razonable.

Y por fin, El conocimiento de una lengua origina en quien la habla una sensación de superioridad y dominio sobre los que no la hablan. Los hablantes entonces tienden a sentirse crecidos y dueños de sí mismos y de la situación. Y consecuentemente libres. La libertad es la propiedad señera del espíritu.

Tiene, pues el bien medial dos componentes: uno racional-espiritual y otro sentimental orgánico. Están colocados a muy diverso nivel. No obstante se establece entre ellos una simbiosis que los nivela: el

espíritu, encapsulado en el sentimiento, abandona su limpia inmaterialidad y reduce su función a prestigiar a este último, que queda enaltecido por ciertos rasgos o revestimientos espirituales.

Esta simbiosis es lo específico del bien medial. Sus dos componentes se dan en proporción diversa, originando bienes mediales de mayor o menor calidad. Si la proporción favorece al espíritu, de tal manera que, sin desaparecer el componente sentimental orgánico, queda este reducido a un mínimo, mientras el espiritual avasalla y queda desembarazado para ejercer su misión liberadora, estamos ya en las manifestaciones más puras de la cultura, el arte y la religión. Estas manifestaciones constituyen el patrimonio cultural de un pueblo; y en la medida en que acierten con la verdad y la pureza, lo educan y elevan convirtiéndolo en juez y árbitro de su propia vida. En ese pueblo latirá siempre un núcleo de personas que con su palabra, su silencio o su resistencia paciente, denunciarán las agresiones al patrimonio cultural y sabrán superarlas.

#### **XII - 18. Las tres fuentes del patrimonio cultural.**

El patrimonio cultural nace, pues, de tres fuentes que manan conjuntamente: el espíritu, el sentimiento comunitario y la libertad

El espíritu eleva y purifica el tono de la vida comunitaria, traza los perfiles últimos y absolutos del bien y del mal, y orienta e ilumina la ruta.

El sentimiento humaniza y personaliza a ese espíritu y lo hace comunicable.

Y la libertad dignifica y hace fecunda la acción comunitaria.